

MONTE CARLO EN ASIA

EL JUEGO ENTRE LOS CHINOS

LA ciudad de Macao puede ostentar con todo derecho el título de Monte Carlo asiático por el exagerado culto que, sin obstáculo alguno por parte de nadie, se presta al azar en las innumerables casas de juego que de día y de noche, días de fiesta y de trabajo y año tras año se encuentran abiertas permanentemente para satisfacción de los aficionados al arte.

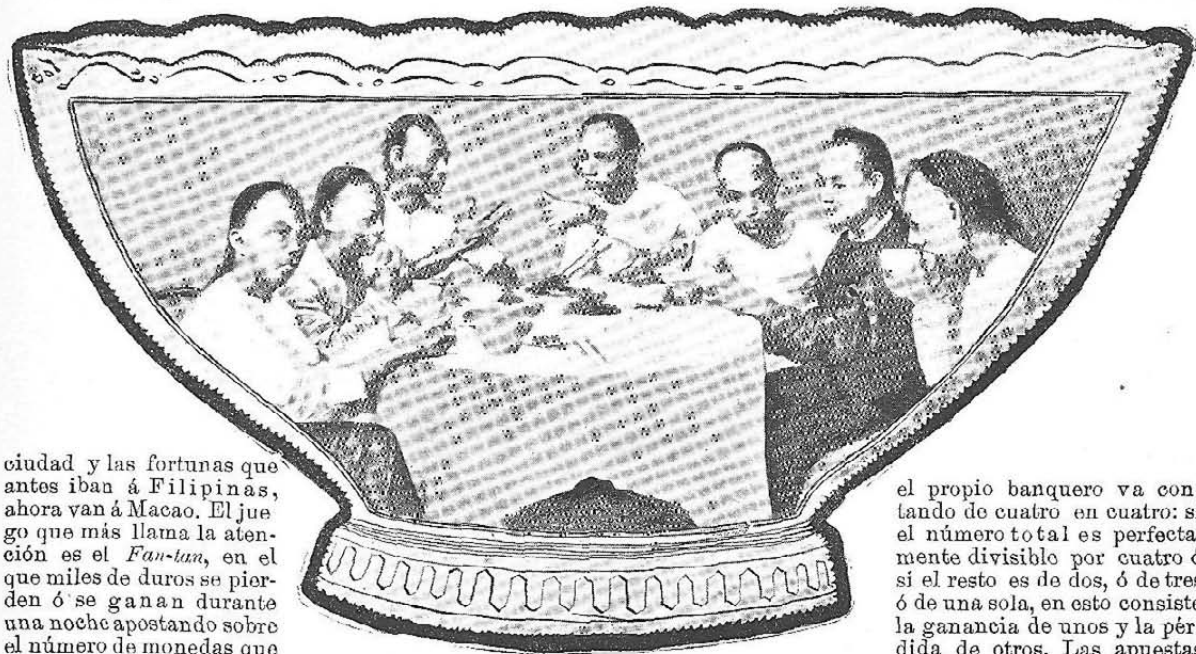
Hay en la referida población portuguesa y, en su mismo centro, una calle, la ruá de Jogo, que también recibe el nombre de «calle de los jugadores», siempre concurridísima y en cuyas aceras se atropellan unos á otros multitud de chinos que van de acá para allá buscando los sitios donde los *eviles* y los *copos* reúnen más admiradores.

Macao es hoy el centro de la Lotería del Asia Occidental. La Compañía de Manila se ha trasladado á esta

se ven monedas, fichas y naipes chinos. En los demás pisos, principal, segundo y tercero, observaréis el mismo aparato. Ojos redondos por aquí y por allí, que curiosamente miran á las mesas, donde cada jugador va colocando su cestito de cuerda. Cada cesto contiene el dinero que el individuo piensa arriesgar, y cuando termina el juego retiran de allí sus ganancias. Según van colocando los cestitos, cantan el número á que desean colocar el dinero, y al final de cada jugada el banquero canta los números gananciosos.

En otras habitaciones se juega al *Fan-tan*. Este juego consiste en apuestas sobre el número de monedas que pueda haber debajo de un cubilete.

Toma el banquero un puñado de monedas de cobre de un montón de ellas y coloca el puñado debajo de un gran cubilete de latón. Después de hechas las apuestas,



EL JUEGO DE LOS DEDOS QUE SE PROHIBE DESPUÉS DE LAS ONCE DE LA NOCHE

ciudad y las fortunas que antes iban á Filipinas, ahora van á Macao. El juego que más llama la atención es el *Fan-tan*, en el que miles de duros se pierden ó se ganan durante una noche apostando sobre el número de monedas que haya bajo las cubiletas.

Mientras la ruá de Jogo se halla completamente llena de gentes aficionadas al juego, hombres y mujeres que van en busca de dinero y de diversiones, y brillantemente iluminada con linternas chinas, el resto de la población permanece á oscuras.

La conversación permanente en Macao es lo que se refiere á pérdidas y ganancias. Allí es cosa corriente encontrarse de manos á boca con cualquier hombrecillo insignificante que habla de sus ganancias en la noche anterior, que ascendieron á 10.000 duros, y que os refiere la historia de un francés que llegó con objeto de hacer saltar la banca y se dejó en la ratonera, solo en una noche, cuatro mil duros.

Curiosísimo es cuanto el viajero presencia al visitar una de aquellas casas de juego.

Un pasillo magníficamente iluminado sirve de entrada. El piso bajo está lleno de chinos. En él hay grandes habitaciones donde hombres y mujeres, todos amarillos, rodean una gran mesa cubierta de estera, sobre la que

el propio banquero va contando de cuatro en cuatro: si el número total es perfectamente divisible por cuatro ó si el resto es de dos, ó de tres ó de una sola, en esto consiste la ganancia de unos y la pérdida de otros. Las apuestas parten de todos los rincones y sitios de la habitación; cuando ya hay centenares de duros sobre la mesa y el *croupier* dice: «no va más», el banquero levanta el cubilete y empieza el cuento de las monedas tomando lentamente y con toda escrupulosidad cuatro cada vez. No hay peligro de engaño.

Este juego del *Fan-tan* es el favorito en todo el extremo Oriente.

No hay ser humano con más afición al juego de todas clases que el chino. En todas las colonias chinas abundan las casas de juego, así como en cada ciudad y en cada aldea. Juegan los chinos en los caminos, en las casas de té y en los barcos. Los buques que cruzan el Pacífico desde San Francisco á Shanghai, llevan casi siempre mil chinos ó más. Todos ellos han hecho su ganancia en los Estados Unidos y se dirigen á sus pueblos á disfrutar de ellas, exponiéndose, no obstante, á perderlas durante la travesía, pues mientras ésta dura no dejan de jugar.

En algunos vapores los oficiales y los marineros sue-

len contagiarse y también juegan, extendiéndose muchas veces la epidemia hasta el punto de que todo el pasaje, hombres y mujeres, se sientan con los chinos á participar de la peligrosa y atractiva diversión.

En una de estas travesías ha habido viajero que ha perdido más de mil duros al *Fun-tan*.

La ley no consiente el juego en China; pero suele hacerse la vista gorda por los encargados de la vigilancia que se dejan seducir con dádivas.

Muchas casas de juego pertenecen á compañías por acciones y otras por capitalistas aislados. Aunque las mujeres no suelen ponerse al frente de tales casas, los botes floridos de Canton, que son los palacios del pecado más suntuosos de toda el Asia, se convierten también con frecuencia en casas de juego. Casi todo restaurant ó casa de comidas en China es una casa de juego. En estos establecimientos se arriesga el dinero, ya para tomar doble ración de la que se paga ó ya para no comer nada.

En algunas mesas de restaurant hay tubos de bambú que contienen varias varitas del tamaño de una aguja de crochet. En la extremidad de cada varita hay pequeñas marcas de tinta iguales á las que hay en los dados. El que entra á comer da cierta cantidad para probar su suerte: se mueve el tubo y el individuo saca cierto número de papelititos. Si los tantos de estos papelititos son los que ganan, el jugador saca libre la comida y además recibe en dinero el valor de ella; si pierde, ni come ni saca un cuarto, además de haber perdido la apuesta.

Un juego muy común en China es el de las apuestas con naranjas. Este juego se practica en los puestos de frutas y en las casas particulares. Sirve de base á la apuesta el número de pipas que tenga una naranja; otras veces sobre si son pares ó nones.

Las apuestas en las carreras de caballos son muy raras, excepto en los puertos abiertos y en Hong-Kong: en cambio hay peleas de gallos, de otras aves y hasta de insectos, en que cruzan buenas cantidades. Las riñas de codornices tienen lugar sobre una mesa con una barandilla en su borde; los pájaros se tienen á dieta algún tiempo antes de la pelea. Al ponerlos frente á frente se echan delante de ellos unos cuantos granos de arroz ó de trigo y la

pelea tiene lugar por la posesión del alimento. Se les educa para este fin, y una codorniz buena para riñas vale

ocho duros ó más.

También tienen peleas de grillos. Las batallas de estos tienen lugar en una pequeña ponchera. Llega á tal perfección la maestría de los grillos ya educados para estos duelos, que parece que comprenden la voz del amo. Se les excita á pelear tocándoles con pajás. Algunos grillos son muy fieros y otros pelean hasta morir. Los que chillan más alto son considerados como los más valientes.

Los chinos saben

la manera de alimentar y educar los grillos para la pelea. Les dan miel, castaña cocida, arroz cocido y pescado. No consienten que nadie fume cerca de ellos porque creen que el tabaco les perjudica. Si se ponen malos les dan mosquitos, y algunas veces hormigas rojas.

Los celestiales cultivan toda clase de juegos, pero principalmente los de azar. Hasta para echar cometas, tanto hombres como chicos, se dividen en bandos y median luego apuestas sobre si la cuerda de una cometa romperá la otra.

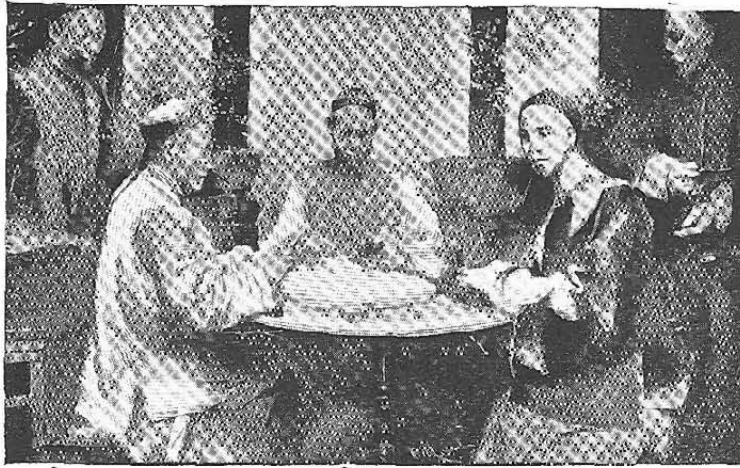
En todo festín y en todo banquete hay juegos de adivinación, en los que se atraviesan buenas sumas. Uno debe adivinar los dedos con que otro le apunta; rápidamente debe cualquiera de los presentes sacar dos ó más dedos y cantar un número, cuando el resto de los circunstantes deberá enseñar tantos dedos como se necesite para completar con el número mencionado por el primero, un total de diez.

Al mismo tiempo deben cantar todos el número de dedos con que apuntan.

Tal ruido y algarazca arman los chinos cuando se enzarzan en este intrincado juego, que las autoridades europeas de Hong-Kong les prohíben entretenerse á él después de las 11 de la noche.

Hong-Kong y Shanghai son de los peores sitios del Este. Particularmente en la última población se encuentra reunida toda la maldad china con todos los vicios conocidos en Europa. Los chinos de la vieja cepa claman contra la presencia de los europeos en su país, á la que achacan la mala conducta de sus hijos. Y hasta cierto punto no van descaminados, porque á los muchos vicios de su raza han aglomerado los que adquieren con su trato con los extranjeros.

La superstición china es también causa del afán que por el juego sienten aquellos naturales.



UNA PARTIDA DE JUEGO SOSREGADA Y CÓMODA



AGOREROS EN CONSULTA